

que los Obispos favorecían el aumento de las casas monacales, sin embargo, así por la antigua como por la nueva disciplina, no podían edificarse ni crearse una de ellas sin el consentimiento expreso del Obispo, bajo cuya jurisdicción entraban el monasterio y sus habitantes, determinándose esto en los cánones IV del Concilio de Calcedonia y 2º del V de Arlés, para que no se perjudicasen los derechos de los mismos Obispos ni los de las parroquias. Esta era la razón de prohibirse á los monasterios admitir seglares en sus oficios, decir misas públicas, reunir el pueblo para asistir á sus oraciones y rezos y enterrar á los extraños.

La necesidad del consentimiento de los Obispos para fundar y establecer monasterios, no solo se reconoció sin género de duda en los tiempos remotos, sino que como se ha indicado, se estimó en la nueva disciplina de la Iglesia, aun cuando lo niegan varios historiadores hallándose determinada en distintos Concilios y en repetidas Bulas de los sumos Pontífices. Para persuadirse de esta verdad, basta leer las disposiciones de los cánones XII y XVIII quest II, del decreto de Graciano, el cap. 3º de la sesión XXV, *De regularibus* del Concilio de Trento; los cánones de la mayor parte de los Concilios provinciales, y diversas constituciones de los Papas Alejandro IV, Clemente VIII, Gregorio XV y Urbano VIII.

Además del consentimiento del Obispo, se requería para la fundación de un nuevo monasterio, el permiso de todos los interesados en el establecimiento; contándose entre estos por derecho canónico común los curas y los titulares de las Iglesias, y por las Bulas *Quoniam ad institutam* de Clemente VIII, y *Cum alias* de Gregorio XV, los demás religiosos establecidos anteriormente en el mismo lugar y en sus cercanías.

También exigían estas Bulas que para proceder á la fundación de un monasterio, hubiese rentas con que sostenerse doce monjes, sin irrogar daño á los otros existentes en el territorio, cuyas rentas podían prove-

nir de bienes propios ó de limosnas, siendo nula toda fundación que no reuniese este requisito.

Pero no bastaba el consentimiento del Obispo y de los interesados para fundar un monasterio, sino que era indispensable el permiso de la autoridad temporal; estando discordes los autores respecto al señalamiento de la época desde la cual fué necesaria esta circunstancia, pues Berardi y Van Espen opinan que ya se exigió en el Concilio de Calcedonia, al paso que otros creen que es posterior esta obligación, estando hoy reconocida por todos sin género de duda.

Los monasterios, así de hombres como de mujeres, fueron aumentándose considerablemente á medida que la fé cristiana penetraba en los corazones, llegando á ser tan crecido el número de los que se fundaban, que la potestad pontificia y la autoridad real se vieron alguna vez en la necesidad de poner límite á la erección, llegando ocasiones de suprimirse algunas comunidades ó de reunir las á otras.

Así como fué creciendo el número de monasterios y multiplicándose los estatutos y las reglas de las diversas órdenes, fué entrando también insensiblemente y propagándose luego con rapidez la relajación de los monjes, viéndose la Iglesia en la precisión de mandar en diversas ocasiones el restablecimiento de la disciplina monástica. Comenzó la relajación huyendo los monacales de la oración y del trabajo, adquiriendo cuantiosos bienes, haciéndose los superiores de los monasterios, señores de vasallos, concurriendo á las Cortes y parlamentos, y ejerciendo jurisdicción impropia de su estado. Los Concilios celebrados en varias naciones desde el siglo VII al X, dieron cánones para la reforma de los monasterios; pero hasta este último siglo no comenzó verdaderamente, y el IV Concilio de Letrán, celebrado en 1215, siendo Papa Inocencio III, publicó el decreto *In singulis*, inserto en las Decretales de Gregorio IX. Desde entonces comenzó la reforma de las Ordenes monásticas, prosiguiendo durante los si-

glos XI al XVI, en que el Concilio de Trento dictó en la sesión XXV *De regularibus* disposiciones generales.

La potestad temporal ha dictado en diferentes tiempos condiciones para la fundación de monasterios y mandatos para regirse los fundados; y en España se hallan de esto repetidos ejemplos en todas las leyes del título XII de la partida 1.^a y del tít. XXVI del libro 1.^o de la *Novísima Recopilación*.

El Gobierno espiritual y temporal de los monasterios correspondió al principio á los Obispos; pero las exenciones concedidas á los monjes desde el siglo IX. y principalmente desde el siglo XI fueron tantas, que concluyeron con el poder de los Obispos sobre las casas de los monacales; transfiriéndose á los Prelados de cada Orden las atribuciones que antes correspondían á los ordinarios. Los privilegios comenzaron por la administración de los bienes temporales que se concedió á cada monasterio; continuaron por hacer independientes en todo lo material á los monasterios; prosiguieron por constituir á los superiores de las Ordenes en únicos jefes de los establecimientos, y concluyeron por libertar de toda sumisión de los Obispos en lo temporal y en lo espiritual á los que profesaban en religión.

Los verdaderos y únicos Prelados de monacales fueron en consecuencia por espacio de muchas centurias los superiores de la Orden con total independencia de los diocesanos.

Los Obispos reunidos por Paulo III antes de la convocación del Concilio de Trento, pusieron mano al remedio de los males, é intentaron refrenar los abusos que nacían de las exenciones de los regulares; pero todo su celo y su deseo no fueron suficientes para lograrlo. El Concilio de Trento, más autorizado y más decidido, resolvió lo que en adelante debía hacerse, y acordó que los Obispos pudiesen visitar los monasterios, corregir y castigar á los regulares que delinquieren fuera del claustro, proceder contra los que no ha-

bitasen en los monasterios, y que estuvieran sometidos los religiosos á la autoridad episcopal sin restricción alguna en todo lo relativo á la administración de sacramentos y á otros particulares.

Los monjes se conocieron primeramente en el Oriente, en donde San Antonio, San Pacomio y San Hilarión fundaron los más antiguos monasterios, extendiéndolos luego San Basilio el Grande á la Capadocia y al Ponto, desde donde otros piadosos varones y mujeres virtuosas los difundieron por Etiopía, Persia y las Indias.

En tiempo de San Jerónimo existían, según él refiere, muchos monjes reunidos en una casa y varias de éstas componían un monasterio, siendo aquellos todavía legos y dependientes enteramente del Obispo. Estos monjes se reunían los domingos en un oratorio, en donde celebraba los oficios divinos un sacerdote extranjero; tenían un solo jefe denominado Abad; hacían únicamente votos parciales, y vivían con el sustento que les proporcionaba el trabajo de sus manos.

Establecidas por San Basilio las grandes comunidades del Oriente, y habiéndose publicado por San Atanasio la vida de San Antonio, fundó San Martín un monasterio en Milán, y después San Honorato otro en Lerins, viniendo muchos años después San Benito á propagar en el Occidente la vida monástica por medio de su ejemplo y con la publicación de su regla, que se siguió con precisión por considerable número de años en Italia, Alemania, Francia, Inglaterra y España.

Invadida la Italia por los Lombardos y la España por los moros, los monjes abandonaron sus monasterios, y por mucho tiempo vivieron separados y fuera de comunidad originándose de aquí la relajación y el abandono, males que no solo afligieron á los pueblos invadidos, sino que se comunicaron á los demás Estados. Se despreció por los monjes el trabajo de mano bajo el pretexto del estudio y la oración; se convirtieron en señores los abades; adquirieron cuantiosos te-

territorios; concurren á las guerras mandando hombres de armas; tomaron parte en las Cortes y en los Parlamentos; obtuvieron exenciones y privilegios con mengua de la autoridad de los Obispos, y llegaron á emanciparse de la sumisión de los Reyes.

Estos desórdenes y el desarreglo de la vida privada de muchos monjes que abandonaban el monasterio y tomaban las armas, cayendo casi todos en la más estúpida ignorancia, obligó á San Odón á intentar la reforma de los monacales y comenzó su obra en el monasterio de Cluny. Después de la muerte del santo, volvió á extenderse con más rapidez la relajación de los monjes, siendo su monasterio uno de los que más contribuyeron á sostener y difundir los males, que habían llegado á un punto extremo, cuando San Roberto, Abad de Melesme, fundó en 1098 la casa del Cister. Este monje ejemplar restableció el trabajo de manos, el silencio más completo, la soledad, el retiro del mundo, y renuncia á toda clase de privilegios. Aunque seguía la regla de San Benito, mudó el color del hábito de negro en blanco, y desde entonces los de Cluny fueron llamados *monjes negros* y los de Cister *monjes blancos*.

En la época de las Cruzadas nació una nueva clase de monjes, que siguiendo las reglas de San Benito y de San Agustín, se dedicaban sin embargo, á los afanes y trabajos de la guerra, á ejercitar la hospitalidad, al servicio de Dios y al alivio de los pobres, de los enfermos y de los peregrinos, y estos monjes fueron denominados caballeros y freires de las Ordenes militares.

Algunos años más tarde, Santo Domingo, canónigo de Osma, fundó en Languedoc un hospital de sacerdotes, para trabajar en la conversión de los herejes *albigenses*, y habiendo producido ventajosos resultados en 1216, obtuvo del Papa Honorio III un privilegio en favor de ciertos clérigos que en San Román de Tolosa vivían bajo su dirección, observando la regla de San Agustín y dedicándose á la predicación. Así comenzó

la Orden de *Predicadores* de Santo Domingo, colocada luego como la primera de las Ordenes mendicantes.

San Francisco de Asis poco tiempo después; Alberto de Jerusalem y Alejandro IV muy luego, instituyeron las Ordenes de Franciscanos, Carmelitanos y Agustinos que se llamaron *mendicantes*, porque los monjes que las componían hacían profesión de no poseer bienes, ni aun en común, y de subsistir con el producto de las limosnas cotidianas de los fieles,

Los monjes en este tiempo ya no eran legos y ántes al contrario, desde el siglo IX solo se contaban por tales los que estaban destinados al coro é instruidos en el canto y lengua latina; mandándose por último en el Concilio general de Viena del Delfinado, presidido por el Papa Clemente V y celebrado en 1311 y 1312 que todos los monjes fuesen promovidos á los Ordenes sagrados. Los que no sabían latin eran dedicados al trabajo de manos, y aun cuando recibiesen la profesión monástica, no se llamaban monjes, sino hermanos.

Por el siglo XIV todos los monjes volvieron á caer en relajación, y esto hizo que se adoptasen nuevos medios de cortar los abusos; pero ellos eran tantos, los que los cometían tan poderosos, y el poder público tan débil, que nada pudo lograrse por entonces. Como uno de los recursos más eficaces para contener la relajación, se consideró el establecimiento de otros monjes de regla distinta, y á este fin se instituyeron los canónigos regulares, y después en el siglo XV y siguientes, los monjes recoletos ó recogidos, los descalzos, los redentores de cautivos y otros varios.

Claro es que, cuando aquí se dá á todos los regulares el nombre de monjes, es en el sentido más lato de esta palabra, haciéndolo así y tratando de ellos, porque á todos cuadró el mal ejemplo y todos participaron de los vicios que aquejaron á los habitantes de los claustros.

Los monjes se ocuparon por muchos siglos en los desmontes de las tierras, en el cultivo de los páramos,

en las obras de arte, en la práctica de los oficios mecánicos, en meditar, copiar y esparcir los monumentos de la Historia y de la tradición, en conservar y transmitir los conocimientos científicos y en educar á la juventud. Todavía hoy los religiosos Agustinos españoles en Filipinas, y los trapenses franceses en Argelia, se dedican á descuajar los montes, á enseñar el cultivo de las tierras y á difundir la civilización entre los isleños y los beduinos. Además, los misioneros de todos los países católicos hacen esfuerzos sobrehumanos en la India, en la China, en la Australia y en América para enseñar á los naturales las ciencias y las artes de los europeos, exponiendo todos los días sus vidas por conquistar sus almas, atrayéndolas al culto del Dios verdadero.

Acerca de los frailes, hay que distinguir el origen racional ó filosófico y el histórico. El origen racional de la existencia de los frailes, se halla en la misma esencia del cristianismo, en el fondo de las predicaciones evangélicas, las cuales tienden á aconsejar al hombre la vida perfecta, el ideal de la santidad más sublime, el completo desprendimiento de las cosas terrenas: el monasterio es una consecuencia necesaria del espíritu del Evangelio, y por esto vemos que donde quiera que se ha establecido el cristianismo, han brotado espontáneamente las asociaciones religiosas. Podrán haber sido proscriptas, destruidas, perseguidas y arruinadas, pero apenas ha cesado la persecución, apenas ha habido alguna tregua de paz que haya permitido su existencia, han vuelto á renacer, mientras se haya conservado la religión cristiana; con razón, pues, se puede decir que son un corolario lógico del cristianismo, que se derivan espontáneamente de la esencia de éste.

En efecto, basta leer el Evangelio para conocer que se recomienda en él de una manera especial el ascetismo más sublime, la perfección más elevada, la mortificación propia, en una palabra, la verdadera vida religiosa.

El libro de la imitación de Cristo, escrito principalmente para los moradores del claustro, se halla basado sobre el mismo Evangelio; sobre el mismo espíritu de la religión cristiana, sin que haya alguien capaz de poner este hecho en duda. De aquí que la Iglesia católica y los Papas hayan aprobado siempre las asociaciones religiosas, como muy conformes con la doctrina de Jesucristo y de los Apóstoles.

El origen histórico de los frailes en su estado de corporaciones, que bajo una regla aspirasen á la perfección, se remonta al siglo III, porque la vida religiosa, en su esencia, fué conocida desde el principio de la religión cristiana; pero cuando el mundo se convirtió al cristianismo, entonces fué cuando los cristianos que querían seguir la perfección de vida, se reunían en corporaciones separadas para practicar los consejos del Evangelio, y se refugiaron en busca de soledad á los espantosos desiertos de la Tebaida, á los arenales de la Libia, á las montañas de la Arabia. Hé aquí como describe Casiano el origen de estas asociaciones religiosas: "Aquellos que conservaban el fervor apostólico, recordando la primitiva perfección, se apartaban de las ciudades y del trato de los que pensaban serles lícito un género de vida menos severo, y empezaron á escoger lugares retirados y secretos, donde pudiesen practicar particularmente lo que recordaban que los Apóstoles habían establecido en general, por todo el cuerpo de la Iglesia; y así comenzó á formarse la disciplina de los que se habían separado de aquel contagio. Andando el tiempo, como vivían apartados de los fieles, y se abstendían del matrimonio y además se privaban de la comunicación del mundo, y aun de sus propias familias, se les llamó *monjes* á causa de su vida singular y solitaria."

Por lo hasta aquí dicho, se podrá comprender lo que son los frailes, y con esto podríamos haber concluido este artículo, si no existieran infinitas preocupaciones contra los mismos, preocupaciones que nuestro siglo

ha heredado de la filosofía incrédula. Veamos cuales son.

Unos consideran á los frailes como hombres holgazanes, perezosos é indolentes, que no queriendo sujetarse al trabajo ni á la fatiga, se meten á los claustros para vivir de una manera cómoda, á expensas de los demás, con gran holganza y baraganería; para otros, los frailes son un rebaño de hombres ignorantes, tontos, enemigos de la civilización y del progreso, de las ciencias y de las artes, que tienden á hacer retrogradar á la sociedad, por las vías del oscurantismo y de la barbarie: para estos, los frailes no merecen sino desdén y desprecio, y los claustros no son mas que asilos de necedad y simpleza, de los cuales se difunde la superstición y fanatismo á los pueblos; para otros, al contrario, los frailes son hombres de ciencia, astutos, sabios, conocedores del mundo, hombres diplomáticos, que mantienen relaciones con la clase elevada de la sociedad, para apoderarse de las influencias del Estado y dominarlo todo; ellos son los que intrigan y tramam maquinaciones maquiavélicas; de modo que su ilustración y su ciencia, lejos de ser útil, es una verdadera plaga para la sociedad y para el género humano. Para otros, el fraile no es más que un hombre inútil, que se ocupa exclusivamente en provecho propio, sin reportar ninguna clase de utilidad á los demás y aun puede decirse que son perjudiciales á la sociedad, y que sirven de rémora á la industria y al comercio, porque sus rentas no son más que *manos muertas*, que no pudiendo pasar del claustro á destinos seculares y profanos, impiden la circulación industrial y comercial; su género de vida es también perjudicial al bien público, porque ellos no hacen más que consumir sin producir, y lo que consumen es á expensas del pueblo.

Estas acusaciones, ya en tiempo de Santo Tomás, las dirigía la impiedad contra los frailes, á los cuales según el mismo santo doctor, combatían porque llevaban hábito humilde y pobre, porque alcanzaban fa-

ma por su ilustración y ciencia, porque se defendían de sus adversarios en juicio, porque tenían influencia con los príncipes y Reyes: *impugnant eo quod habitum vilem et humilem deferunt, impugnant quantum ad studium quod in judicio contendunt, quod persecutores suos puniri procurant, quod curias principum frequentant, etc.*

Para combatir estas acusaciones, ante todo, basta deshacer el sofisma de los adversarios que arguyen contra todas las reglas de lógica de lo particular á lo universal, es decir, atribuyendo á toda una corporación lo que es propio de algún particular. en seguida se prueba que todas quedan desmentidas por los hechos.

En cuanto á la *ociosidad* de los frailes, ¿hay cosa que cause mayor amargura é indignación que este reproche, dirigido á los hombres de abnegación y sacrificio, que trabajan incesantemente en beneficio de la humanidad, cuando se consideran bien empleadas las horas de aquellos que pasan las noches en el sueño y en la molicie, y los días en las orgías y los placeres? El fraile por el contrario, siempre se halla ocupado; si se priva del sueño en la noche, no es para holgar y divertirse, no es para asistir á los bailes, teatros y espectáculos como hacen los mundanos (los cuales, además, recobran de día el sueño que perdieron durante la noche): el fraile se priva del sueño para asistir al coro y cantar alabanzas divinas; se priva del sueño para llevar tal vez el consuelo á un moribundo, ó á un desgraciado; se priva del sueño para resolver árduas cuestiones en beneficio de la humanidad. ¿Y de día, en qué se ocupa el fraile? En beneficio también de los demás. Hé ahí al *religioso de San Juan de Dios*, que se halla en los hospitales asistiendo á los enfermos; hé ahí al *Trapense* que se halla cavando la tierra ó su propia tumba; hé ahí al *Domínico y Franciscano*, ocupados en instruir y moralizar al pueblo, ó en estudiar el modo de combatir la herejía y la corrupción; hé ahí al *Jesuita*, tabajando sin cesar hasta descuidar

su salud para educar á la juventud, y para combatir la impiedad; hé ahí al *Escolapio*, sacrificado en beneficio de la niñez desvalida y pobre; hé ahí al *Benedictino* registrando códices antiguos y recomponiendo textos borrados; hé ahí al infatigable *misionero*, que, renunciando á todas las ventajas de la sociedad y de la civilización, se sepulta en medio de hordas bárbaras y salvajes para comunicarles el consuelo de la luz evangélica. Todos trabajan sin cesar, todos oran, todos se desvelan, y no podía ser de otro modo: porque ¿qué es lo que retrae al hombre de las fatigas y de los trabajos? La vida muelle y regalada y á la verdad que no es tal la vida del religioso; el no tener otros vestidos que un pobre hábito, ni otra habitación que una pobre celda, ni otra cama que un lecho de paja, no es regalarse ni entregarse á la molicie y á la comodidad; el renunciar para siempre á los placeres, el sepultarse en una región solitaria para ofrecerse como víctima por los pecados del mundo, el pasar la vida en un hospicio para consuelo del infortunio, no es ciertamente tener una vida muelle y afeminada.

El segundo reproche que se dirige á los frailes, es el de ser enemigos de la civilización. No se comprende cómo se ha podido formular esta acusación, cuando precisamente la historia enseña todo lo contrario. En efecto, parece que las órdenes monásticas no tuvieron otra misión que la de cooperar á la acción civilizadora de la Iglesia.

Era el siglo V cuando multitud de hordas bárbaras y salvajes descendieron del Norte y fijándose en el centro de Europa, ahogaron la civilización, destruyendo las leyes, usos, costumbres y todo cuanto se les presentaba al paso. Todo parece iba á quedar sepultado en esta noche obscura; más vinieron entonces los frailes, y ellos fueron los que procuraron conservar los restos del saber antiguo; ellos fueron los que salvaron las ciencias y las artes, la historia y la antigua literatura; ellos fueron los que conservaron los clásicos, griegos

y romanos y los libros de los antiguos filósofos. Si á los monjes se debió poder leer á Platón y á Lucrecio, á Plauto y á Virgilio; sin los monjes se hubiera perdido por completo la antigua historia, no se hubiera conocido más tarde la filosofía griega y las leyes romanas.

Durante la Edad Media, en que no se oía otro ruido que el de las armas y el de estrepitosas guerras, las ciencias y las artes solo encontraron refugio en los monasterios: en esta calamitosa edad, en que la ignorancia cernía sus negras alas sobre la Europa, solo, solo brillaba la luz de la ciencia y del saber en los claustros, porque las ciencias y las artes solo florecen á la sombra de la paz, y la paz solo se encontraba en los monasterios. De los claustros salían con frecuencia los hombres más sábios, á los que se consideraba dignos de ocupar los más altos puestos de la Iglesia. El monje Geberto, cuyos conocimientos en ciencias matemáticas y naturales, llegaban hasta el punto de ser reputado en su edad como nigromántico, al claustro debió su saber y su ciencia: el ilustre Alberto Magno, portento de su siglo en teología, filosofía y ciencias naturales, en el claustro recibió su ilustración; el distinguido Santo Tomás, cuyas obras admiran todavía á los sabios del siglo XIX, al claustro debió su elevada ciencia y erudición sublime. Finalmente, del claustro salieron las más grandes lumbreras de la Edad Media, como Alejandro de Hales, San Buenaventura, Hugo y Ricardo de San Víctor, Escoto Durando, Roger Bacon, Vicente de Beauvais, Egidio Romano, etc.

Pero no se crea que los religiosos monopolizaban la ciencia de tal modo, que no querían comunicarla á los demás; al contrario, los frailes tenían escuelas abiertas donde podían acudir á aprender todos los que querían. Entonces podía el pobre seguir una carrera, porque no solo recibía la enseñanza gratuita, sino también el sustento; mientras que en nuestros días de ilustración y progreso, solo pueden seguir carrera los ricos, al paso que los pobres se ven obligados á permanecer

en la ignorancia y en el desprecio, porque las Universidades no les franquean sus puertas.

Los religiosos son los que supieron elevar muchas veces á los pobres desde el terruño á las más altas dignidades de la Iglesia, los que supieron hacer hombres de Estado eminentes, hábiles diplomáticos, ilustrados sacerdotes; finalmente, á la instrucción y ciencia de los dominicos y franciscanos españoles, debió Colón la protección en el descubrimiento del Nuevo Mundo, sin la cual tal vez el ilustre genovés no hubiera alcanzado su inmortal renombre.

Igualmente en nuestros días, ¿la orden de los jesuitas no está á la altura del movimiento intelectual del siglo? ¿En qué clase de conocimientos pueden considerarse rezagados los jesuitas? Ellos son los que se distinguen y sobresalen, no solo en teología y ciencias eclesiásticas, sino también en todos los ramos del saber humano. Ellos son eminentes teólogos, eminentes jurisconsultos, eminentes literatos; ellos son grandes naturalistas, físicos, químicos, astrónomos, matemáticos; ellos son distinguidos geógrafos, ilustres historiadores, célebres anticuarios.

Finalmente, á la protección y acogida que recibieron los artistas en el claustro, debieron las artes cristianas el sublime vuelo que tomaron en la Edad Media, los suntuosos templos que se levantaron en aquel tiempo, las magníficas bóvedas, cuyas ruinas hoy contemplamos con dolor. Los delicados y sublimes relieves que hoy quedan truncados, y no podemos mirar sin amargura, indican lo que debieron los artistas cristianos á los conventos y monasterios. ¿Cómo se tiene, pues, atrevimiento de decir que los frailes son hombres rudos é ignorantes, enemigos de las ciencias, de las artes y de la civilización?

Pero no solo favorecieron los religiosos las ciencias y las artes, sino que contribuyeron al desarrollo de la civilización europea de mil modos diferentes. Ellos fueron los que dieron grande impulso á la agricultura,

desmontando terrenos incultos, desecando pantanos y reduciendo á cultivo los más espantosos é intransitables bosques de Europa, Alemania, Francia é Inglaterra, y nuestra patria debe mucho á los monjes bajo este concepto.

Los frailes trabajaron y contribuyeron también á la civilización europea, destruyendo los elementos de barbarie que los conquistadores del imperio de Occidente trajeron á Europa; en primer lugar, convirtieron á la religión cristiana á los bárbaros, y con esto dieron un gran paso en la civilización europea. Pero estos bárbaros, aun despues de convertidos, conservaban apego á sus hábitos duros y feroces. Así es que ellos no veían en el pueblo vencido á sus hermanos; solo veían en él á un pueblo de condición baja y servil, que había de estar sujeto á la voluntad tiránica y despótica de sus señores; estos ejercían sobre el pueblo toda clase de vejaciones y demacias, pero también remediaron los frailes estos males; ellos admitieron en sus congregaciones al pueblo bajo, y aun á los esclavos, y de este modo elevaban á estos seres miserables á la condición y categoría de sus señores, á causa de su carácter y misión superior.

Los religiosos hallábanse además en relaciones con la clase noble y elevada de la sociedad, á causa de su ilustración y ciencia, y al mismo tiempo con la clase baja y pobre, por razón de su ministerio y humildad de vida. Pues bien; ellos que veían en el pueblo á sus padres, á sus hermanos, á sus parientes, debieron emplear toda clase de influencia con los ricos, para evitar el despotismo y tiranía de estos; debieron emplear todos los resortes para suavizar la ferocidad y dureza de los señores, y así sucedió, y los señores y barones empezaron á proteger la debilidad y flaqueza. El fraile es el que relacionó entre sí estas dos clases tan opuestas, porque era el verdadero intermediario entre ellas, ya que tocaba por un lado con la elevada, y por otro con la baja; por falta de este intermediario